

Magdalena Petit

## La ronda eterna o había, hay y habrá

(MICROCuento)



**H**ABIA, hay y habrá... espetó en fórmula enigmática de consuelo.

Mi caso era fatal, según el famoso especialista germano.

—¡Qué hacerle! —exclamaba ante mi inconformidad—. Unos primero, otros después, todos estamos condenados a morir, es decir... a seguir viviendo de distinta manera. ¿Le importa, a la mariposa, el gusano que fué? ¿Qué es morir? ¿Qué, vivir? Modos de evolucionar de la materia, etapas diferentes.

—Al gusano —intervine— le importa ser gusano.

—Sí. De usted puede decirse, todavía: *Hay* un hombre que se llama... Del padre suyo, muerto, se diría: *Había* un señor... Y del hijo de usted, pequeñito, digo: *Habrá* un señor. Al padre de usted, ya nada le importa como cuenten su historia; a su niño, tampoco: el recién nacido tiene la inconsciencia de la muerte, vive, no existe.

—Pero yo sí existo —exclamé con arrebató.

—Lo sé ¿no acabo de constatarlo? —replicó, imperturbable—. ¿Cuando duerme —preguntó— existe usted, o vive tan sólo?

—Entiendo —observé, tímidamente— que sólo vivo. Pero vivir, también algo significa.

—Morir . . . dormir . . .

Ante mi asombro, se puso a recitar con voz emocionada y convincente el monólogo de Hamlet. Luego, me miró unos instantes como un hipnotizador.

—El viajero vuelve de la otra orilla —afirmó con meneos de cabeza menuditos—, tal como despertamos de la muerte del sueño. El sueño —explicó— natural o provocado, anula la conciencia: es decir que no existimos, en tal estado, pero vivimos. Vivir importa algo, como usted lo ha indicado. Importa mucho. A eso voy.

Me había puesto de pie, momentos antes, pensando en despedirme. Creí oportuno volver a sentarme. ¿Qué perdía con escucharlo?

—De aquí a que usted muera —le oía— piense cada día en lo que sucede mientras duerme: si sueña, si cae en un dormir tan pesado que pudieran robarle el pijama sin que . . . —buscaba los términos que me demostraran su buen conocimiento del castellano—, sin que de ello se percatara —concluyó, pedante, satisfecho, subrayando con una risita acompasada la exageración incluida en lo de quitarle, así no más, a uno, el pijama.

Pero me apresuré a confirmarle:

—Duermo profundamente, pudieran matarme sin que lo sintiera.

—Usted comprenderá mejor, entonces —exclamó, jubiloso. Comenzó a desarrollar una compleja teoría sobre la vida, según la cual ésta es eterna porque es eterno el Universo y en él estamos comprendidos el hombre, el animal, la materia toda animada y transformada por el espíritu que hace evolucionar los mundos durante milenarios días y noches milenarias; noches —insistía— en que los muertos sólo duermen y sus sueños son lo que les sucede a los despiertos. Me habló de "vuelta eterna", de panpsiquismo, de desintegración del átomo, de química, física, biología, entremezclando en una sola estas ciencias. Y sentenciaba: "Estamos sometidos

dos, querámoslo o no, a las leyes del Universo". Yo creía entenderle algunas cosas, otras me parecían difíciles.

—Doctor —insinué, tratando de desvirtuar su inútil apostolado filosófico—, vine a consultarlo sobre enfermedad.

—Su enfermedad, la verdadera —dijo, compasivo—, es mental. Usted padece del "mal de individualismo".

Como lo miraba, interrogando, preguntó con cierta fatuidad: —¿Puede proseguirse la consulta?...

Bajé la vista y continuó:

—Es una forma de narcisismo, ese mal. Usted se cree único, y no es sino eslabón de cadena que aisladamente no tiene razón de ser. Está usted metido en la ronda, y la bailará —lanzaba sus palabras como disparos—; aquí, en esta su tierra, como hombre, a través de las múltiples generaciones de un "ciclo terrestre"; luego, dentro de las transformaciones evolutivas completas de los mundos, a través de un "ciclo universal".

Era electrizante escucharlo. Parecía, de pronto, un mago, un profeta hebreo, un Júpiter, del que tenía los arrestos, las barbas y la imponente estatura. Movi6, amplios, los brazos, como si fuera a lanzar el rayo. Retumbó, tonante, la voz:

—Entonces... —un índice levantado anunciaba la gran promesa— entonces... —cayeron como zigzag de luces sus palabras— ... entonces, en el preciso momento en que la nueva "vuelta eterna" señale el nuevo retorno de la tierra, comenzará a "engendrarse" en ella *tu* personita —decía, tuteándome—: tu eslabón, convertido en amibas, en pez, en mono, se enredará a la cadena humana naciente y... porque un tatarabuelo tuyo, venido de las cavernas, dará vida a tu abuelo, y éste a tu padre, surgirás también de aquellas semillas para que cumplas con la misma misión de continuar en tu hijo al hombre. Has cumplido —terminó— y hete aquí, ahora, interrogándome, como ya lo has hecho en otras vueltas, como lo seguirás haciendo, porque no quieres morir.

Me parecía estar soñando, hallarme en el día del Juicio Final ante el Juez Supremo. Perturbado, pregunté torpemente:

—Pero yo, señor, si muero, me acabo como hombre, como fulano de tal.

—No ha entendido nada, “caballero”. Piensa usted “chiquitamente” —dijo, volviendo al trato del usted que un momento abandonara para hablarme como un dios—. Ve las cosas medidas por años —continuó—, a lo más por siglos, pensando en una *historita terrestre*. Yo —me miró de alto abajo— veo girar todo el Universo y mido en milenios, en millones de millones de milenios: pienso en científico, una *historia universal*. Ojalá alcance usted a comprender, antes de dejar de existir. Que la “gracia” lo ilumine.

Me despedía con golpecitos protectores en el hombro.

—Se ve que no es usted quien va a morir —exclamé con indignación.

—Se equivoca —protestó, superior—. Esta noche me suicido: escojo mi momento, para terminar hasta donde me interesa revivir.

Al día siguiente, lo que imaginé simple ironía, era confirmado por los diarios: se había suicidado.

Tranquilo, curioso, meditando, espero ahora mi turno. Creo que estoy en la ronda.